LA GUERRA Y LA PAZ

Tradiciones y contradicciones

Alberto Carrillo Cázares
Editor

Volumen II

EL COLEGIO DE MICHOACÁN

LA GUERRA Y LA PAZ
TRADICIONES Y CONTRADICCIONES

Alberto Carrillo Cázares
Editor

Volumen II

El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

PRESENTACIÓN
Alberto Carrillo Cázares 11

I. MARCO DE REFERENCIA: EL BINOMIO GUERRA-PAZ EN EL MUNDO DE HOY

Guerra y sociedad: naturaleza de los conflictos armados
Modesto Suárez 19

Los caminos de la paz en el mundo actual
Jean Meyer 35

La teología cristiana ante la guerra justa
Joseba Segura Etxezárraga 47

Comentario a los trabajos de Jean Meyer y Joseba Segura Etxezárraga
Raúl Duarte Castillo 67

La seguridad nacional: concepto y evolución en México
Agustín Maciel Padilla 71

La guerra fría revisitada
Ignacio Sosa 107

Centroamérica: proceso de paz y perspectivas de futuro
Luis Armando González 119

Nicaragua: la guerra en la prensa y la literatura
Andrea Fernández 139

Actualidad de la guerra en Chiapas
David Velasco Yáñez 157

Comentario a los trabajos de Agustín Maciel, Luis Armando González y David Velasco Yáñez
Andrés Fábregas Puig 181

II. GUERRA Y PAZ EN LAS TRADICIONES RELIGIOSAS, FILOSÓFICAS E IDEOLÓGICAS

El elemento religioso en la rebeliones indígenas
José Francisco Román Gutiérrez 189

La guerra cristera en el pensamiento de los combatientes: el caso del general José Gregorio Gutiérrez 199
José Antonio Gutiérrez

El reino de Dios en la tierra. Apocalipsis y orden religioso en el umbral del tercer milenio
Miguel J. Hernández Madrid 211

III. LA GUERRA Y LA PAZ EN LAS TRADICIONES JURÍDICAS

El *Ius Belli* en la historia del derecho hispano
Remedios Morán Martín 227

La doctrina de los agustinos novohispanos sobre la guerra y la paz
Roberto Jaramillo Escutia 243

¿Objeción de conciencia sobre la conquista de las Filipinas? Del equívoco de las Indias al sueño de la China
Francisco Miranda 279

Comentario a los trabajos de Remedios Morán Martín, Roberto Jaramillo Escutia y Francisco Miranda
Jorge Adame Goddard 299

Los franciscanos y la frontera chichimeca. Experiencias, actitudes e ideas sobre la paz y la guerra en el territorio de frontera
Francisco Morales 309

Comentario al trabajo de Francisco Morales
Carlos Manuel Valdés 325

Del arte de la guerra a la razón de Estado. Cuatro tacitistas novohispanos del siglo XVII
Salvador Cárdenas Gutiérrez 331

IV. LA GUERRA Y LA PAZ EN LAS TRADICIONES HISTORIOGRÁFICAS

La guerra: vencedores y vencidos en fray Hernando de Talavera y su proyección en otras conquistas
Luis Díaz de la Guardia y López 353

Comentario al trabajo de Luis Díaz de la Guardia y López
Ernesto de la Torre Villar 369

Los rostros de Cronos o el ensanchamiento mental del Atlántico hispano en la Nueva España del siglo XVIII
Óscar Mazín 371

Comentario al trabajo de Óscar Mazín
Ernesto de la Torre Villar 377

Guerra y paz en la frontera chichimeca-otomí
José Ignacio Urquiola Permisán 379

Querétaro, sitio de frontera en la Gran Chichimeca
Aurora Castillo Escalona 399

Con abrazos y no a balazos: consenso y guerra civil en la Independencia novohispana, 1808-1821
Guadalupe Jiménez Codinach 411

Guerra y paz en el Querétaro de 1821
Ángela Moyano Pahissa 425

Comentario al trabajo de Ángela Moyano Pahissa
María del Refugio González 441

Los estados armados: milicias cívicas y sistema federal en México (1824-1835)
José Antonio Serrano 445

La revuelta tuxtepecana y la paz porfirista. El caso de San Luis Potosí
Luz Carregha Lamadrid 457

Ni guerra ni paz. Un conflicto político militar en Querétaro en 1880
Francisco Javier Meyer Cosío 481

La guerra de los símbolos en la revolución de Querétaro
Guadalupe Zárate Miguel 491

Comentario a los trabajos de José Antonio Serrano, Luz Carregha Lamadrid, Francisco Javier Meyer Cosío y Guadalupe Zárate Miguel
Ignacio Almada Bay 501

V. LA GUERRA Y LA PAZ EN LAS TRADICIONES LITERARIAS

La ficcionalización de la guerra
Eugenia Revueltas 509

La guerra y la paz en la obra bernaldiana
Herón Pérez Martínez 519

Guerra y paz en las crónicas del virreinato del Perú
Beatriz Gómez-Pablos 539

Guerra y paz en la novela mexicana del siglo XIX
José Lameiras 551

Carabinas de palo, balas, fuego y corridos: sabiduría popular en la revolufia
Álvaro Ochoa Serrano 605

Minifoto del pacifista Alfonso García Robles
Luis González y González 617

BIBLIOGRAFÍA 623

ÍNDICE ANALÍTICO 635

ÍNDICE ONOMÁSTICO 645

ÍNDICE TOPONÍMICO 685

CARABINAS DE PALO, BALAS, FUEGO Y CORRIDOS: SABIDURÍA POPULAR EN LA REVOLUFIA

Álvaro Ochoa Serrano
El Colegio de Michoacán

Quizá se me permita contar un rato, y tengan muy buen recuerdo, que en un primero de enero unas carabinas de palo en Chiapas se dispararon, era el año de 1994. Justo cuando el gobierno mexicano estaba en vísperas de lanzar al aire cohetes tipo TLC por el ingreso rápido, como bala, al prometido Primer Mundo. Pero irrumpió de pronto la imagen elocuente de unas carabinas de palo, teñidas de rojo, tiradas al lado de quienes aspiraban lograr un mínimo de justicia social para sus semejantes tras quinientos años de espera. Que se sepa, los levantados de los Altos no trasgredieron el ancestral costumbre, sino que personeros de la ley los habían agredido a conciencia, ciencia y paciencia.

En otro tiempo, en otro momento, en otro lugar, otra gente había usado carabinas de palo para emprender la lucha social armada. Esa vez en la pura mitad de Michoacán, en mayo de 1911, durante la aurora maderista. El entonces joven José Rubén Romero acompañó al jefe del ejército regenerador, el ranchero Salvador Escalante venido a menos. Días antes, Escalante le había dicho a Romero: —Mándeme usted hacer el mayor número que pueda de estas carabinas, que para algo nos servirán.

Refiere el lugareño José Rubén:

> —Encargué a los carpinteros de Santa Clara la confección de tan moderno armamento y con once de estos rifles se dotaron otros tantos soldados de caballería del Ejército Libertador que se pronunció en Santa Clara del Cobre el 6 de mayo de 1911, a las dos de la tarde. Las carabinas de palo, cuidadosamente enfundadas, sólo mostraban las relucientes culatas a los ojos de quienes no conocían el secreto.
>
> ¿Y estos hombres –me pregunto– pudieron emprender serenamente el camino de la lucha civil, llevando por única defensa un simple trozo de madera pintada?
>
> Sí pudieron, y con la sonrisa en los labios, desafiaron varias veces la muerte, oponiendo a una tiranía de treinta años el pecho descubierto y soñando con la regeneración y con la libertad de la patria.

Quién lo creyera, meses después, en las abruptas montañas de Guerrero, cerca de Coyuca, una bala perdida acabó con la vida de Escalante.[1]

1. Álvaro Ochoa Serrano (comp.), *José Rubén Romero...Cien años*, El Colegio de Michoacán/ Instituto Michoacano de Cultura, 1991, p. 71.

Sin duda, pueden dispararse multitud de balas y, según la suerte, sólo una será de muerte; es evidente que no siempre quien dispara primero, dispara dos veces, muy independientemente de recibir un bautizo de fuego. Los viejos que vivieron para contar sus aventuras guerreras a los niños de mi generación, a los jóvenes del 68, decían que el olor de la pólvora aviva el animal dormido en las entrañas de algunos seres, se pierde la noción humana, el miedo, y se arma la esquitera como en un comal. En los momentos de ardor colectivo salen a la luz muchas facetas de la vida social que –como escribe Eric Hobsbawn– "por lo general están en estado latente y concentran y realzan los problemas, además de que la documentación se multiplica".[2] Y si un documento popular vuela, en esas circunstancias vitales y vitalistas que deben salvarse, ese papel volante es el corrido.

Saltemos la discusión en torno al tema, en el cual ha corrido mucha tinta, para intentar la salvación de este escrito. Sigamos "de muertito" los cauces de la conversa tradición oral. Porque, más que buscar líneas divisorias o que una tradición pinte su raya, simple y llanamente aquí se tratará de ejemplificar circunstancias históricas a través del corrido. Los ejemplos se ubicarán en una parte de Michoacán y Jalisco, más precisa y particularmente en el septentrión michoacano, sur de Jalisco y cercanías de los Altos, ensartados en la raigambre mariachera con el acompañamiento de ambiente festivo, cantadores y oyentes.

Acaso se pueda continuar diciendo que la tradición mariachera de Occidente se haya forjado en el transcurrir de la vida precolonial, novohispana y nacional, sin fecha precisa. Tal vez el corrido haya corrido igual suerte a lo largo y ancho de la patria y las variadas matrias al darse peculiaridades y características regionales, manifestando a los cuatro vientos, desde sus adentros, las oralidades que estaban, llegaron y fueron traídas: indígenas, africanas y europeas. Versión no negada tres veces en el curso del mitote, fandango y mariache y en la que no faltaría el relato del acontecimiento y tampoco quien lo trasmitiera.[3]

Rafael C. Haro recurrió al corrido de "Macario Romero" como elemento para enlazar la trama de su *Rebelión*, drama revolucionario en tres actos, premiado en 1925. Herlinda, una mujer de pelo en pecho, teje una parte: –"el trabajo es que le empiece a zangolotear de alegría el corazón, y hasta pide una pistola pa' disparar al aire. Porque es de valor... se anima a eso y más. Cuando el casorio de la Matilde hubo un bochinche, y entonces ella rechazó a balazos a tres de a caballo que iban a llevarse a unas muchachas".

El corrido que se siente muy aludido en la obra sirve para traer a cuento una semejanza:

> Dice la niña Rosita
> disparando su pistola:
> —Ora lo verán, cobardes,
> como 'hora los hago bola'.[4]

2. Eric Hobsbawn, *De la historia social a la historia de la sociedad, Marxismo e historia social*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1983, p. 40. Ejemplo de la época referida: Francisco Covarrubias Villa, *La vida tiene otras letras*. Colegio de Investigadores en Educación de Oaxaca, 1999.
3. Álvaro Ochoa Serrano, *Mitote, Fandango y Mariacheros*, Zamora, El Colegio de Michoacán/ El Colegio de Jalisco, 2000, *passim*.
4. Rafael C. Haro, *En tres voces (poesía, teatro y ensayo)*, Universidad Michoacana CECN/ Casa de la Cultura de San José de Gracia, 1992, pp. 67, 69.

En tanto, Macario Romero cabalgaba como personaje de la guerra religionera o cristera antepasada, semidiós de la plebe, vengador de agravios; no obstante, todavía su gesta recoge al paso vivencias de nuestro tiempo.

Decía contenta Rosita:
—Macario, cuánto te quiero
que si no fueras casado
nuestro mal tendría remedio.

Le contestaba Macario:
—eso no tiene que ver;
yo no soy el primer hombre
ni tú la primer mujer.

Decía el papá de Rosita
para matarlo qué haremos;
le formaremos un baile
y ahí lo ametrallaremos.[5]

Se da por sabido que la época más disparada del corrido transcurrió durante la violenta revolufia. En los confines de Jalisco y Michoacán se recuerda mucho a "la bola" por sus efectos destructores, barbarie, brutalidad, muertes y no tanto por su bandera o tinte de justicia social.

¡Maldita revolución!,
pues ahora ya me da pena,
Pero cuando me metí,
creí que era cosa buena.[6]

Los agitadores sociales, algunos bandoleros con banda, dejaron honda huella en su camino. Al tranco surgen las interrogantes: ¿Cuál es su oriundez social? ¿Qué madre los parió? ¿Qué ejemplo paterno tuvieron? ¿Qué amistades los enseñaron a aullar? ¿Qué violencia los cobijó? ¿Qué los orilló a "entrar en la bola"?

En los confines de Jalisco y Michoacán merodearon unos labriegos alzados en compañía de varios villistas desbalagados tanteando todos los terrenos. En la cuesta de Sayula, Villa había enfrentado y vencido pírricamente a los carrancistas de Diéguez en febrero de 1915. Se cuenta que el Centauro entonces bufó: —Otro triunfo como este y se nos acaba la División del Norte.

Juan Rulfo, justamente en *El llano en llamas*, al pie de los volcanes, atajando el silencio, presentó algunos personajes ruidosos, sin par: los Zanates, la Urraca, la Perra Valiente, Pedro Zamora y sus hombres. Un corrido entreversa:

5. *Macario y Rosita*, interpretado por Los Barranqueños, Discos D'Roca 135, LP.
6. Vicente T. Mendoza, *El romance español y el corrido mexicano*, estudio comparativo, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1939, p. 509.

Novecientos dieciséis,
también el cuatro de marzo,
murió *La Perra Valiente*,
la hicieron dos mil pedazos...
En el sitio de Volcanes
pasó ese combate cruel,
donde ascendió el Mayor Flores
a Teniente Coronel...
Decía don Pedro Zamora:
—*La Perra*, ¿dónde estará?
Le contesta Catarino:
—ya se haya en la eternidad.
Decía Catarino Díaz:
—nos quieren hacer poquitos;
ya mataron a *La Perra*,
pero quedan los perritos...[7]

Los seguidores de Zamora se habían levantado "[...] de la tierra como huizapoles maduros aventados por el viento, para llenar de terror todos los alrededores del Llano". Un tiempo así fue, hasta que apareció Petronilo Flores, primero; luego un tal Orlachía, Agustín Olachea Avilés, quien emprendió la pacificación –irónicamente una guerra para dar cuenta de otra–

con gente aguantadora y entrona; con alteños traídos desde Teocaltiche, revueltos con indios tepehuanes: unos indios mechudos, acostumbrados a no comer en muchos días y que a veces se estaban horas enteras espiándolo a uno con el ojo fijo y sin parpadear, esperando a que uno asomara la cabeza para dejar ir, derechito a uno, una de esas balas largas de "30 30" que quebraban el espinazo como si se rompiera una rama podrida.[8]

El mero cuatro de octubre,
en ese Isachtla mentado,
el general Orlachía
a Zamora lo ha sitiado.
Decía entonces Orlachía:
—¡Éntrenles, que están dormidos,
y agarremos a Zamora
y acabemos los bandidos!
[...]
Salió el General Zamora
con rumbo a la Lagunilla
con diecinueve soldados
diciendo —¡Qué viva Villa![9]

7. *Ibid.*, p. 510.
8. Juan Rulfo, *El llano en llamas*. México: FCE, 1969, pp. 74-76.
9. Vicente T. Mendoza, *op cit.*, pp. 508-509.

Igualmente la presencia de Luis V. Gutiérrez, alias el "Chivo encantado" (¿-1916), zapatero remendón y curandero, originario del rumbo, tuvo ciertos reparos en la zona, antes de que volviera la paz.

El Chivo Prieto Encantado
esas tierras recorrió,
dejando en todas las partes
la miseria y el dolor.[10]

Casi inmediato al escenario recorrido, también por El Tejón, apareció otro de los actores, el nombrado José Inés G. Chávez, *el Indio*, provocador de terror y espanto. Éste vino al mundo en Godino, municipio de Puruándiro, el 19 de abril de 1889; retoño del jornalero Anacleto García Arroyo y de Bartola Chávez Bravo. Rezandero en su niñez, encabezaba los servicios religiosos en Presa de Herrera; peón en Villachuato y en la Ciénaga de Zacapu, ya veinteañero, militó en el grupo de rurales maderistas. En la lucha contra el pretoriano Huerta estuvo a las órdenes de Anastasio Pantoja.

Fusilado Pantoja injustamente por los carrancistas en el Bajío, en medio de la encrucijada facciosa, el subalterno José Inés tomó el mando de la fuerza sobreviviente en mayo de 1915. Operó como villista en el cuerpo de Ejército del Norte (1915) y se distinguió como resentido felicista del Ejército Reorganizador Nacional bajo la jefatura de Jesús Síntora (1916). Sin abastecimiento de parque y armamento a la mano aplicó más el ingenio, el uso manual de armas blancas y el colguije.[11]

Asustaban al gobierno
a gritos y a carcajadas,
les tiraban una piedra
y decían que era una granada.
—¡Escondan las carrilleras,
que el parque se nos acaba!

Traía un séquito o cauda de pastores, acostumbrados más a tratar con animales y a aplicar tecnología bélica de punta, puntiaguda, punzo cortante. Pirómano irredento, tomó e incendió varias poblaciones michoacanas y vecinas de Guanajuato y Jalisco.

Conocía mucho su tierra
y por senderos y atajos
burlaba la vigilancia
dando a Carranza trabajos.

Se hizo de fama perversa,
y toda la gente vaga
se le unió con alegría,
aun cuando fuera sin paga.

10. *Ibid.*, p. 525.
11. Álvaro Ochoa Serrano, *La violencia en Michoacán (Ahí viene Chávez García)*, Morelia, Instituto Michoacano de Cultura.

Si alguien tuvo respetable cantidad de corridos más a favor que en contra y antes de los narcos, ese se llamó Inés Chávez García o García Chávez, ahijado del villismo sin Villa.

¡Viva don Inés con su compañía
que se ha lucido en tanta batalla!
Que con valor les decía:
—¡No le temo a la metralla!

La acción del guerrillero incendiario tuvo corta vida, pero intensa; sus correrías abarcaron una geografía considerable, si se atienden las marcas estelares:

En Zamora, en Degollado,
en la Piedad de Cabadas,
a los pelones quité
armas, parque y caballada.

De Irapuato a Monteleón
siempre he sido respetado;
el puente de los Ocotes
siete veces lo he quemado.

En el combate de Patambarillo, en la hacienda Colorada, el hombre de Godino derrotó a las fuerzas carrancista de Villarreal en las cercanías de Penjamillo. El corridero puso en boca del derrotado:

Llevo un balazo en el pecho
me voy a morir tal vez.
Nunca creía que mi padre
era el general Inés.

Francisco Aguíñiga, oriundo de Ziquítaro, municipio de Penjamillo, rememora otros detalles: "Ahí, en la Colorada, estaba el gobierno. Chávez los rodeó. Una matazón que hicieron de soldados, que estaba una noria vieja, ya casi borrándose, y la llenaron de puros soldados muertos".

El mismo Aguíñiga refiere la entrada de Chávez a Zacapu. El gobierno detrás de él. Y éste dijo: "—Aquí los vamos a esperar. Nos vamos a afortinar aquí en el pueblo. Y aquí van a esperar al gobierno. Cuando ya acabe de entrar el último soldado al pueblo, entonces tiran un balazo". Pues, sí, así lo hicieron. Ahí mataron muchos soldados.

Los carrancistas peleaban
con muchísimo valor
a los primeros balazos
murió el estado mayor.

Los del pueblo de Zacapu
quedaron muy azorados

de ver a los que avanzaron
todos murieron colgados.

El encontronazo violento de Numarán, celebrado en enero de 1918, dejó fuerte impresión en las crónicas populares:

Más de doscientos murieron
del partido carrancista.
Este combate se vio
y en el punto Buenavista
allí donde Nicho murió
y otros cuantos villistas.

Igualmente, otra cara de la guerra asoma. Si no pleito religioso, el asunto de las creencias se deja ver en el combate de los creyentes Nares y Chávez García sostenido contra el incrédulo carrancista Flores:

Y Chávez le contestó
que su gente no *peliaba*,
que estaban en Jueves Santo
y el Señor no perdonaba.
Y Flores le contestó
que la hora se le pasaba.
Salieron a perseguirlos
en fuerte *persicución*,
sin saber que el Jueves Santo
les iba a hacer matazón;
en el rancho del Zapote
quedaron hechos montón.[12]

Sin embargo, uno de los sonados descalabros chavistas se produjo en Peribán. Allí quedó su brazo leal, *el Manco* Rafael Nares, el 25 de agosto de 1918. Nares, nacido en Penjamillo e hijo de un administrador de hacienda en Tierra Caliente, tuvo experiencia bracera en Estados Unidos, donde perdió el brazo derecho. Vuelto del Norte, unos hacendados le invitaron a levantarse en favor de Madero en 1911. Villista, anduvo echando bala en el norte del estado. Asimismo, participó en acciones del ejército felicista bajo el mando de J. Inés García Chávez. Como se dijo, sucumbió en Peribán y el suceso quedó registrado.

Ay pueblo de Peribán,
cuánto recuerdo has dejado
donde murió el general
Don Rafael Nares mentado...
Luego sonó un fuerte trueno,

12. *Ibid.* Guillermo E. Hernández (ed. y notas), *The Mexican Revolution. Corridos about the Heroes and Events 1910-1920 and Beyond*, El Cerrito, California, Arhoolie Folklyric, 1996, discos 7041-7044 (4 CD), pp. 24-25.

por todo el pueblo se oía
un grito –¡Viva el gobierno!
¡Muera Inés Chávez García![13]

Correteado y víctima de la influenza, el vitoreado por los pobres murió en Purépero, en noviembre de 1918. Pero aseguran que Inés G. Chávez era magia.

Y mucho platicó. Y así fue, mero así fue. Decía: "—Hasta ahí es, ya cumplí. Hasta ahí es. Cuando vaya a prender otra revolución entonces voy a aparecer otra vez".

La posdata chavista la borronearon dos de los suyos, Luis Naranjo y Gabino Rodríguez; es decir, Naranjo y Sabino en el imaginario popular, asociado a los árboles, de donde pendieron los cuerpos de los rebeldes. La defensa social de Purépero y los voluntarios de Casimiro Leco pusieron punto final al capítulo chavista en 1919.

Alégrense, ciudadanos,
la paz del Alto nos vino,
ya mataron a Naranjo
y a ese mentado Sabino.
En el día 15 de agosto
les han dado su destino.

En ése, además, comenzó el recorrido final de su hermano:

Cuando rompieron el fuego,
Carlos Chávez, como un viento,
se salió rompiendo el sitio
en un buen caballo prieto.
Gritando: —¡Qué viva Villa!
se les perdió en el momento.[14]

Por lo común, decíanse y les decían villistas en el toma y daca. Villista, por un lado significaba la descalificación tirada a los correteados por parte del gobierno carrancista; por el otro, representó el símbolo de quienes popularmente tomaron tal epíteto como resistencia.[15]

Pero, pese al proclamado y convencional Estado de derecho, gracias a la Carta Magna de 1917, la lucha de los civiles armados correspondió a diferencias no resueltas entre los carrancistas triunfantes, a trancazos de los nuevos militares. Tras un golpe de Estado, balas incluidas, los bárbaros del norte se posesionaron del poder en 1920. Sin embargo, la sucesión presidencial bajo la sombra del caudillo Obregón provocó revuelo entre los candidatos De la Huerta y Calles y estos apelaron a las armas... dos tercios de militares se voltearon a finales de 1923.

A principios de diciembre
bien combinaron su plan

13. A. Ochoa Serrano, *op. cit.*
14. *Ibid.* Álvaro Ochoa Serrano, *Repertorio michoacano 1889-1926*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1995.
15. Álvaro Ochoa Serrano, "Se decían Villistas", en Eduardo N. Mijangos Díaz (coord.), *Movimientos sociales en Michoacán. Siglos XIX y XX*, Morelia, Universidad Michoacana-IIH, 1999.

Lupe Sánchez y Maycote,
Estrada, Buelna y Zubarán.
Alegando fuerte agravio
por la próxima elección
apoyando a de la Huerta
se alzaron en rebelión.[16]

Enrique Estrada se pronunció en la ciudad tapatía, expresa el corrido, contra el señor Obregón porque a Calles no quería. Y así brillaron las armas en la violencia extrema:

Cien combates se libraron entre los bandos presentes
Y en todos corrió la sangre como si fueran torrentes.
La última acción importante que en Ocotlán deploramos
Hubiera sido gloriosa si no fuera contra hermanos.

Luego del combate de Palo Verde, los estradistas siguieron a la toma fugaz de Morelia, mortaja de Buelna, en enero de 1924.

Estrada atacó Morelia cuando perdió en Ocotlán
y hubo grande mortandad de ambos bandos por igual.[17]

Rafael Cuadra (1883-1924), un solitario estradista, comerciante, paramilitar, se había dedicado a reprimir a los agraristas en el valle de Zamora y ciénega de Chapala. Los rancheros de la hacienda de las Cruces, cercanías de Quitupan, Jalisco, ejecutaron a Rafa en noviembre cuando éste iba por lana:

El préstamo que pedía,
cien mil pesos en dinero
en Quitupan se lo dieron
de puras balas de acero.[18]

Abrimos un paréntesis para mencionar otro hecho social debido al poco más o menos permanente estado de guerra: el escape de braceros y la huida de simples mortales a Estados Unidos del Norte. Para algunos, la citada emigración (ya con brecha andada e implicaciones en los veinte) era la oportunidad para circular mediante incómodos enganches.

Desde Morelia vine enganchado,
ganar los *dólars* fue mi ilusión...[19]

16. Vicente T. Mendoza, *El corrido de la revolución mexicana*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956, p. 121.
17. *Ibid.*, p. 123.
18. Vicente T. Mendoza, *Cincuenta corridos mexicanos*, México, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1944, p. 28.
19. Álvaro Ochoa Serrano y Herón Pérez Martínez, *Cancionero michoacano 1830-1940. Canciones, cantares, coplas y corridos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000.

Con todo, el deportado nos cuenta los momentos del sálvese quien pueda: —yo me voy al extranjero, donde no hay revolución.[20]

Por si faltara, otra caída en la pelea Iglesia y Estado, ante reclamos semejantes a la aplicación de la ley en 1873, había dado pie al brote violento de la cristeriada de 1926-1929 y su secuela. En Jiquilpan, calmado el miedo, se cantó en 1927:

El veinticuatro de octubre
nos servirá de experiencia;
la entrada de esos cristeros
a pelear con la Defensa.[21]

Más que el nuevo Ejército Federal, serían las defensas sociales y los agraristas quienes enfrentaran a los cristeros; ni más ni menos, contendientes humanos con sus virtudes y flaquezas. Los corridos rinden partes:

Allá todos los cristeros
Gritaban: —¡Ora, pelones!
Creían que los agraristas
Tiraban con *colaciones*.[22]

Francisco Rojas González ilustra el acontecer lugareño de cristeros y agraristas. En uno de sus cuentos, "Voy a cantar un corrido", Rojas resalta dos debilidades del Chato Urbano, jefe de los agraristas: el alcohol y los corridos que juntos y revueltos "daban lugar a una tercera: el escándalo". Para no alargar el pormenor, en un combate contra los cristeros, el Chato quedó tendido. Antes de que éste entregara el equipo y adelantara la posible respuesta, compañeros y camaradas mediante interrogaciones le ofrecieron grado militar, pensión para la viuda, poner su nombre al ejido, solemne entierro en el rancho natal...

—No, no quero nada d'eso –roncó broncamente el agrarista.

Pero luego, dulcificándose y pasando una mirada implorante por todos los reunidos, arrastró la lengua para decir:

—Bueno, pos ya que tanto me lo preguntan... ¡Quero que me compongan mi corrido![23]

El conflicto historiado por Alicia Olivera y Jean Meyer no necesita bendición; además, la primera le asegunda una adenda en *La literatura cristera* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970). Entre la lírica y las balas aparecen alteños y jalmichianos, Quirino Navarro, Ramón Aguilar y tantos otros consagrados en la galería popular.

El cristero que se fue
disparando su pistola
sabía que no era la fe
la que lo *traiba* en la *bola*.

20. *Corridos y tragedias de la frontera*, Arhoolie, Folklyric 7019/ 7020, 1994.
21. Álvaro Ochoa Serrano y Herón Pérez Martínez, *Cancionero michoacano...*
22. Vicente T. Mendoza. 1974. *El corrido mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 109.
23. Francisco Rojas González, *Cuentos completos*, México, FCE, 1992, pp. 113, 122-123.

Ramón Aguilar Ceja (1888-1935) sacó la faz en Los Ajolotes, municipio de Zacapu, el 15 de abril. Hijo de propietario rural, estudió en la escuela parroquial de Zacapu. Secuestrado por fuerzas de J. Inés García Chávez en 1916, acompañó al hombre de Godino un tiempo. En 1917 emigró a Estados Unidos; de regreso al valle de Zacapu participó en la organización campesina de Primo Tapia. Delegado de la comunidad agraria de Zacapu (1922), ocupó la vicepresidencia de la 2ª convención de la Liga de Comunidades y Sindicatos Agraristas (1924). Militó bajo las órdenes del gobiernista Ricardo Luna Morales durante la efímera rebelión sin cabeza (1924). Cristero en 1926; enfrentado al gobierno murió en Santiago Tangamandapio en 1936, en la llamada segunda cristera.

Los ricos de Michoacán
y los curas de Jalisco
tuvieron siempre a Aguilar
de parque y plata provisto.[24]

Sin más que agregar por el momento, ya para la salida, volvemos a dar voz al repatriado, deportado de Estados Unidos por la crisis de 1929:

los espero allá en mi tierra,
ya no hay más revolución...[25]

Como en otros tiempos, el corrido narrador de violencias, balas y difuntos terminaba con la contradictoria despedida de "vuela, vuela, palomita"; sabido es que la paloma o la palomita simboliza la paz. Así, en son de paz termino el presente texto, pretexto para hacer eco a las palabras de mi maestro pacifista Rafael C. Haro (1897-1990), éste, niño huérfano, hijo de padre belicoso, quien postulara como suyo una de las conclusiones de la Conferencia de Londres sobre educación: "Puesto que las guerras principian en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz".

24. Los datos Ramón Aguilar en Álvaro Ochoa Serrano, *Repertorio michoacano*, 1995. Fragmento corrido en Vicente T. Mendoza, *El Corrido Mexicano*, 1974.
25. *Corridos y tragedias de la frontera.*